



Libros imaginarios de autores verdaderos, y viceversa

Por Edgar Krauss



Ilustración: Alejandra Valdés

En una conocida librería de la colonia Roma descubrí una caja de madera con forma de libro, que no es para conservar letras, sino bisutería. Pensé en esas películas donde al interior de un libro hueco se esconde una botella verde o una pistola en hibernación. Me acordé también de que mi abuela solía narrarme con desolación sobre esos ingratos despachos de abogados que están llenos de libros, pero que son de utilería; es decir, sus muros parecen rebosantes de hermosos volúmenes, aunque no son más que papel tapiz con ilustraciones de bibliotecas ficticias, con títulos verdaderos. Los libros imaginarios han abundado en la historia universal y en la cultura popular. En las obras de Conan Doyle se citan libros que habría escrito Sherlock Holmes o el maléfico doctor Moriarty. Es decir, se refieren a un personaje ficticio escribiendo un libro igualmente ficticio. Algo semejante sucede en *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, de Borges, donde él y Bioy, ya convertidos en personajes en la trama, indagan en una fantástica enciclopedia que existe solamente en el cuento. La novela *La historia sin fin*, de Michael Ende, gira en torno a un libro que existe sólo imaginariamente. En la portentosa novela de John Irving *El mundo según Garp*, la madre del protagonista escribe un mamotreto de mil páginas con el magnífico

título de *Sexualmente sospechosa*. El libro se convierte inmediatamente en un éxito mundial y ella pasa de ser una modesta enfermera a una lideresa feminista de proporciones épicas. El potencial de los libros imaginarios, o *metalibros*, es tan grande como la literatura misma. Desde luego, esto es más divertido que colocar tapices con imágenes de libreros, tan al gusto de los fantoches.

Pero, por otro lado, ¿qué hay de los libros reales cuyos autores son ficticios, o cuando menos, improbables? El primero que me viene a la mente es el libro más famoso de todos los tiempos y también el más leído: la *Biblia*. Los biblistas numeran unos 40 autores, 30 en el *Antiguo Testamento* y 10 en el *Nuevo*. Sin intenciones de enzarzarme en ninguna controversia teológica, no podemos obviar que esta obra es una antología de autores y relatos de distintas procedencias y épocas, y que no todo lo escrito ahí es tan original como suponemos. Por ejemplo, el relato bíblico de la creación es tremendamente similar al que se refiere en el *Enûma Elish*, poema de la mitología babilónica, redactado hacia el siglo XIII a.C., cuando hay algunos especialistas que afirman que el *Génesis* se habría escrito —probablemente— tres siglos después. Por su parte, el relato fantástico del diluvio “universal” ya se narraba en la *Epopéya de Gilgamesh*, la obra literaria registrada más antigua del mundo, es-

crita por los sumerios unos 2700 años antes de nuestra era; es decir, diecisiete siglos antes de que el relato bíblico se comenzara siquiera a escribir. Entonces, ¿quién escribió qué? Por su lado, los *Evangelios* habrían sido escritos entre el año 65 y el 100 d. C. Si admitimos que Juan, Lucas, Marcos y Mateo existieron y que eran aproximadamente de la edad de Jesús, tendrían una vejez muy avanzada para ese tiempo. Por otro lado, es sumamente improbable que hayan escrito lo que se les adjudica, ya que, de acuerdo con la versión RVR (*Hechos* 4:13), los apóstoles eran “hombres sin letras y del vulgo”. No olvidemos tampoco los *Evangelios apócrifos*, que fueron compuestos por autores anónimos y se atribuyeron a Felipe, María Magdalena, Pedro, Santiago y Tomás. Lo trascendente de los relatos bíblicos es su contenido, aunque no con todos tengamos la certeza plena de quién los escribió: son textos reales que se les atribuyeron a autores improbables.

Así como la reescritura de los mitos y cuentos populares se ha sucedido desde épocas antiguas, también hay escritores que gozan hurtando lo ajeno, sin reponer el debido crédito. Por ejemplo, Alfredo Bryce Echenique, quien no solamente plagió decenas de textos publicados por otros autores, sino que además hay quienes afirman que robaba cuadernos de apuntes cuando visitaba a sus amigos escritores. El saqueador intentó defenderse alegando que sus plagios eran una forma de *halagar* a sus víctimas; suena más verosímil el Carnicero de Milwaukee. Arturo Pérez Reverte ha sido acusado de incontables plagios, que incluso ha llegado a admitir, lo que no impide que siga siendo integrante de la rancia Academia

Española. Ahí está el caso de su amigo Sealtiel Alatríste, reconocido plagiarista también, a quien el español, incluso, le dedicó un personaje: el capitán Alatríste, protagonista de una historia de piratas. Por algo será. Cuando esta clase de “préstamos” forzados se llevan a cabo, estamos hablando también de autores falsos de libros verdaderos.

Aunque quizá la manera más ingrata de despojar a un autor de su mérito no es robándole la idea, sino quitarle la paternidad sobre ella, o su existencia misma. Esto sucede con Homero, a quien algunos investigadores “le conceden” la autoría de *La Ilíada*, pero le regatean que haya escrito *La Odisea*, o los bizarros que aseveran que William Shakespeare no existió o que, en todo caso, algunas de sus obras fueron escritas por su memorable contemporáneo Christopher Marlowe, quien, por cierto, murió de una cuchillada en una taberna a los 29 años, por lo que parece muy improbable que lo haya hecho. Pensemos también en el caso de Mary Shelley, hija de la feminista Mary Wollstonecraft y casada con Percy Bysshe Shelley. A la autora del ya inmortal *Frankenstein o el moderno Prometeo* no faltó quien le dijera que una mujer no debía publicar libros desafiantes o que lo hiciera con sobrenombre. Por su parte, Aurora Dupin publicó sus novelas con el seudónimo masculino George Sand; fue una escritora de admirado talento e inmenso amor por la vida. Entre sus parejas se encuentran Prosper Mérimée, Alfred de Musset y Frédéric Chopin. En este caso, hablamos de una autora verdadera que se esconde tras un nombre falso.

Eso sí, mi dilecto inventor de escritores siempre será Fernando Pessoa, con sus numerosos heterónimos, entre los cuales destacan Álvaro de Campos, Bernardo Soares, Ricardo Reis, Alberto Caeiro o Antonio Mora. Cada uno de ellos tenía su propia identidad y biografía, además de obras rotundamente singulares. Quizá el caso de Pessoa sea el más radical de un escritor auténtico que inventó autores imaginarios para que escribieran obras verdaderas y geniales. 



Edgar Krauss es editor, escritor, traductor, historiador y librero. Autor de los libros de aforismos *La droga de los profetas* y *Clarividencia en ayunas* (Editorial Cuadrivio). Colaborador también del diario *Reforma* y de las revistas *Letras Libres*, *Casa del Tiempo* y *Libros de México*, entre otras. Actualmente se desempeña como Gerente Editorial de HarperCollins México.